

Arquitecto estrella

En el Monasterio Ambrosiano de Boeri, Dios está presente, pero no es católico

ECCLESIA

15_05_2026



**Tommaso
Scandroglio**



La Diócesis de Milán ha decidido construir un monasterio que se levantará en el barrio de Minde, cerca de la antigua zona de la Expo. Se llamará Monasterio Ambrosiano, pero olvídate de atmósferas contemplativas y trascendentes. El proyecto, presentado el

pasado 11 de mayo en rueda de prensa, ha sido realizado por el arquitecto estrella Stefano Boeri y recuerda a un centro comercial que, en la parte cubierta, tiene como techo un trampolín para el salto de esquí. El monasterio del futuro, en el que estará presente de forma permanente una comunidad quizá religiosa, se extenderá sobre una superficie de 2.700 metros cuadrados, de los cuales 1.100 se destinarán a espacios abiertos. Se prevé la construcción de una iglesia de planta triangular porque, para evitar la banalidad, se prefiere caer en lo absurdo. El arquitecto Boeri explica que la iglesia también servirá para fines culturales. En definitiva, una iglesia polifuncional como los ya citados centros comerciales. El claustro también será triangular.

Al tener que poner una montaña de dinero (no se sabe si el proyecto será financiado íntegramente por la Diócesis), se ha decidido utilizarlo no para fines católicos, sino para crear una mezcla religiosa. Un espacio para todos donde Dios, que es católico, será también musulmán, judío y personaje de fantasía para los ateos. Así explica la Diócesis el proyecto, futurista en la arquitectura pero museístico en los contenidos: el objetivo es crear «un espacio de espiritualidad, confronto y reflexión, para poner en diálogo las fe, las culturas y los saberes en el siglo XXI». Y, de hecho, habrá una Biblioteca de las religiones, un Claustro de las religiones y un Jardín de las religiones. En este jardín, siguiendo el espíritu ecológico más actual, cada religión monoteísta estará representada por una planta. Nos invade un poco de aprensión al pensar en qué planta habrán decidido asignarnos los teólogos y los diseñadores ecológicos.

El arzobispo de Milán, Mario Delpini, explica bien el sentido de este proyecto en el que «se dan cita el conocimiento, la investigación, el talento, los negocios, el entretenimiento, la naturaleza y la vida, Italia y el mundo. En el corazón de la ciudad de la innovación surge la pregunta sobre el sentido de todo, sobre el porqué del compromiso y de la inversión. La pregunta invoca el encuentro entre ciencia y sabiduría, entre innovación y ética, entre tecnología y humanismo, entre beneficio y solidaridad. Así cuenta la historia de Milán: la ciudad vive y crece bajo la Madonnina, es decir, no hay vida humana sin trascendencia. Así escribe Milán su futuro: no hay convivencia, ni paz, ni bien común sin Dios».

El riesgo real y casi seguro es que, una vez más, los católicos hayan ofrecido en bandeja de plata un espacio para que los ateos y los representantes de otras religiones vengan a catequizar al católico dominical según su credo. Y si eso ocurre, será un éxito para las jerarquías milanesas, porque a estas alturas el ecumenismo es cosa del pasado y en su lugar hay un intento de construir una religión universal —deseada solo por

gente como Soros y por ciertos católicos, desde luego no por judíos y musulmanes— donde se eliminan las diferencias y se agrupan bajo la palabra «Dios», una palabra que ahora se propone despojada de toda identidad y que debe ser vaga y omnicomprendida, apetecible para todos los gustos. Del mismo modo, la cruz que se alza al final del trampolín ya no remite a Cristo, sino que es solo una marca o un logotipo, pero ya no el Logos. Un símbolo que en la conciencia colectiva expresa paz, solidaridad, inclusividad, respeto incondicional y otros estereotipos similares.

Obviamente, cualquiera que esté involucrado en la iniciativa urbanística podrá objetar que estamos tergiversando todo y que el proyecto ha sido diseñado según el más puro espíritu cristiano, que prevé un impulso misionero y ecuménico hacia los alejados. Ante esto, cualquiera se sentiría tentado a preguntar: ¿está dispuesto este alguien a firmar un documento en el que declare que este proyecto nace con el propósito de convertir a judíos, musulmanes, representantes de otras religiones, ateos y agnósticos al Dios católico? Porque este es el fin último del ecumenismo. En segundo lugar, ¿queremos ser ecuménicos de verdad? Tomemos ejemplo de Jesús y leamos aquí cómo entendía él el ecumenismo, palabras pronunciadas por él a una mujer samaritana: «Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos» (Jn 4,22). La salvación viene de los judíos porque es de ese pueblo elegido de donde viene Jesús. Pero, ¿os imagináis a un sacerdote, a un obispo o a un monje residente en el nuevo monasterio precisando con firmeza y caridad a un musulmán que él adora lo que no conoce y que la salvación viene de Cristo?